

EL CAFÉ.

--

Por más que la admiración haya llegado a ser una cosa, digámoslo así, de mal gusto; por más que la demostración más patente de la ignorancia sea el asombro; por más que admirarse de esto o de lo otro sea -- tanto como confesar que se está fuera del círculo luminoso de nuestra gran civilización, o lo que es lo mismo, que no se sabe de la misa la media, hay sucesos que paran, que detienen al hombre en medio de su precipitada carrera y dándole una palmada en la frente con su propia mano le dicen: "admírate" y le obligan a admirarse.

Sí, la admiración es un síntoma -- de atraso, una señal de ignorancia, una muestra, lo diré, de embrutecimiento.

Es pasearse por el siglo anterior, viviendo en el siglo presente; es ir tras de la sabiduría de la época, sin saber que ella va delante.

La admiración es una forma de la sorpresa, y aún me atrevo a sostener que es la sorpresa misma.

Causan admiración todas las cosas imprevistas, y si no se quiere así, lo expresaré de otra manera, que aunque sea distinta, para el caso es lo mismo; todo lo que nos admira nos sorprende.

Lo inesperado es lo que causa en nosotros verdadera admiración; lo que se espera no sorprende, lo que se sabe no admira.

Ahora bien; es preciso ser de todo punto ignorante o imbécil para admirarse o sorprenderse.

Los chinos han concebido la idea de la felicidad de un modo tan sobrio que la representan bajo la imagen de una boca abierta llena de arroz.

Ahora bien, suprimase el arroz de esa boca entreabierta, y la imagen de la felicidad china se convierte inmediatamente en la imagen de la estupidez.

¿En qué se conoce al infeliz provinciano que transportado desde el rincón de su aldea se encuentra de repente y por primera vez en medio de la brillante y agitada capital de la monarquía?

Se conoce en que discurre por las calles mirando de un punto a otro encogido de hombros y con la boca abierta.

De esta manera expresa su ignorancia y su admiración, que viene a ser una misma cosa.

La admiración y la estupidez tienen una forma común, ambas se expresan de un mismo modo.

Una boca abierta, lo mismo pertenece a un hombre admirado que a un estúpido. Qué más da?

Pues bien; admirarse es un delito de lesa civilización, es un acto contrario a todas las leyes en que el hombre ha decretado la perfección de la humanidad.

Ante un prestidigitador que realiza cualquiera de las maravillas cuyo secreto ha sido descubierto por la agilidad de las manos, se admiran los niños y se sorprenden las mujeres; pero el hombre propiamente dicho ve los prodigios del prestidigitador sin admiración y sin sorpresa, porque está, digamoslo así, al fin de la calle.

Lo menos a que queda reducido el hombre que tiene la simpleza de admirarse o sorprenderse de algo, es a la condición de niño o de mujer.

Y los niños y las mujeres forman las dos colas de la humanidad, los dos grupos rezagados en este desfile humano.

Y en honor de la verdad, de qué puede ya admirarse el hombre civilizado? ¿Qué puede suceder en el orden de lo extraordinario y de lo absurdo que sea motivo verdadero de admiración o de sorpresa?

26

Pues he aquí una noche en que aparece una gran masa de gente agolpada alrededor de la casa construida en el lugar que antes ocupaba el -- Buen-Suceso, y que con la boca abierta, contempla las mesas de marmol, los espejos y las molduras del nuevo café, que con el título de Imperial acababa de abrirse en la Puerta del Sol.

Quinientas personas transportadas repentinamente de las últimas aldeas de España a la Puerta del Sol, no hubieran mostrado más admiración que quinientos vecinos de Madrid, que empujándose y codeándose se disputaban la primera fila invadiendo las avenidas de la calle de Alcalá y de la Carrera de San Gerónimo, extendiéndose en ancho semicírculo delante de las puertas de este nuevo café.

¿Qué había que ver al través de aquellas puertas por las que entraban las curiosas miradas de la multitud, al mismo tiempo que salían el reflejo de las luces y el murmullo de la concurrencia?

Un café. Esto es, un salón cubierto de mesas y de banquetas, rodeado de divanes y de espejos, iluminado por numerosas luces de gas, dentro del que hervía otra multitud que, repartida en grupos al rededor de las mesas, bebía, fumaba, charlaba y comía.

27

Un café más en una población donde apenas se puede dar un paso sin caer en un café, no se puede considerar como un espectáculo extraordinario bastante a despertar ni siquiera la impertinente curiosidad de -- esa multitud que hay siempre en Madrid dispuesta a pararse en la primera esquina donde encuentre el más ligero pretexto para matar el tiempo.

¿Qué es el café Imperial? Una multiplicación de ludes, de espejos, de banquetas y de mesas; una ampliación de la Iberia, del Suizo, de cualquiera de los cien mil cafés en que Madrid trasnocha, como si no tuviera nada que hacer al día siguiente, ó mejor dicho, como si no hubiera de amanecer.

Un lugar más ancho, donde con más lujo pueden los ociosos de todas especies consumir su vida so pretexto de matar el tiempo.

Pero en verdad, si por esta parte un nuevo café no es un suceso verdaderamente nuevo, es indudable que, marchando la presente humanidad al término supremo de sus grandes destinos de café en café, un nuevo café es un paso más en el camino del progreso.

Cualquiera que sea la admiración que el lujo deba despertar por sí mismo, es claro como la luz del ---

gas, que la murmuración, hija de la ociosidad, que el movimiento activo de esta vida vagamunda que lo más florido de las letras, de la política, de la banca y de la elegancia - hace en Madrid, tiene un nuevo templo donde ir a rendir culto a los dioses del siglo.

Ha coincidido con la aparición de este gran café el anuncio de un gran periódico; de manera que, al volver, digámoslo así, la esquina de estos últimos días, nos encontramos con dos elementos más de civilización y de adelanto.

Un café y un periódico vienen a ser dos cosas semejantes; son como las dos grandes válvulas por donde respira la sociedad moderna.

La única diferencia que hay entre estas dos instituciones consiste en que en los cafés se dice de todo, y en los periódicos no se dice más -- que lo que se puede.

El café es una fórmula privada -- que ha tomado la vida pública de todos, mientras el periódico es una fórmula pública de que se ha revestido la vida privada de unos cuantos.

El café es al periódico lo que la palabra al pensamiento; todo lo que se piensa en las redacciones de los periódicos se dice en los cafés. --

La política al pasar de las hinchadas columnas de un periódico a las entretenidas conversaciones de un café varía completamente de aspecto. Los cafés son el periodismo con notas, la sociedad ilustrada, el mundo retratado por la luna de un espejo.

Hay periódicos que aspiran a la libertad del pensamiento; apenas hay café donde esa libertad no se realice.

Estos dos elementos se necesitan, porque uniéndose se completan.

Cada ciudadano necesita estar suscrita a un periódico; pero no hay ciudadano que no esté suscrito a un café.

Los cafés son los centros nerviosos del cuerpo social; una noticia dejada caer en un café, es recogida por la multitud antes que lanzada por un periódico.

En los cafés se sabe todo.

El café nuevo viene a ser como un nuevo centro de instrucción pública, y al mismo tiempo, oh combinación de las grandes cosas! los cafés son asilos de beneficencia, donde pasan la noche muchas gentes que no tienen casas, donde encuentran amigos muchos hombres que no tienen ninguno, donde se dejan ver todos -- esos que se pierden de vista; donde,

en fin, se encuentran unos y se -- pierden otros.

El dinero que consume un café no vale ni la mitad del inmenso caudal de orden, de amor al trabajo, de -- virtud y de talento que devora.

Ese marmol blanco, al rededor del que se sientan seis personas en medio o en el rincón de un café, es -- insaciable, atrae como un abismo, y sujeta como una cadena.

Entrar en un café es como entrar en un laberinto del cual no se sabe salir; sentarse en la silla de un café, equivale muchas veces a que-- darse cojo.

Un café es un libro lleno de citas.

Parece que el mundo se ha queda-- do a oscuras y que no hay más luz -- que la de los cafés.

Dice cualquiera: Dónde nos vere-- mos?

Y dicen todos: En el café.

Parece que no pueden verse en -- otra parte.

Bajo el punto de vista del nego-- cio, no hay especulación más produc-- tiva.

Para caer en la cuenta de los be-- neficios que produce este adelanto, hay que hacer el cálculo de esta ma-- nera: todo lo que pierde la concu-- rrencia lo gana el café.

Diez mil cafés ganando incesante-- mente, suponen una población de

300,000 almas perdiendo progresiva-- mente.

Qué es un café? Una costumbre en la apariencia, un vicio en el fondo. Veáse ahora si costará caro.

El café es una parte privada de la calle, una casa donde se junta el -- público como en familia.

Es el primer escalón por donde se desciende a los sótanos de la socie-- dad. Del café a la casa de juego, de la casa de juego,.... etc.,

Sí; los cafés pagan todos los -- años una contribución de estudian-- tes reprobados, que se hacen unas -- veces periodistas, otras veces em-- pleados, según caen las pesas.

También recoge de los talleres su buena cosecha de menstruales, que al cabo de algún tiempo cambian la costumbre del trabajo por la costum-- bre del café, y si no se hacen pe-- riodistas, ni jugadores, ni emplea-- dos, se hacen políticos y viven es-- perando la primera barricada que se presente a la puerta del primer ca-- fé que encuentran a la mano.

También suelen dar por los salo-- nes de los cafés los primeros pa-- sos de su carrera las mujeres que -- quieren añadir al comercio los artí-- culos de su juventud y de su hermo-- sura, abriendo tiendas de encantos ambulantes.

Ellas suelen pasar por estos salones iluminados e hirvientes diciéndolo a la multitud con la sonrisa, con la mirada o con el aire: "Allá voy".

Cuanto las ven saben a dónde van. Pero esto no es más que un lado del asunto. Visto por otro lado, un café es un río de oro.

Y no sigo adelante porque he pronunciado la última palabra del derecho moderno, es el símbolo de la fe de nuestros tiempos; el oro es la última expresión de nuestro siglo. -- Más allá del oro no hay nada.

EL HOMBRE ESCLAVO.

Queremos ser libres, y estamos -- empeñados en serlo, porque se nos ha metido en la cabeza la manía de que la libertad es nuestro propio y natural elemento.

El que no es libre parece que no es hombre; y sin embargo, desde el momento en que la edad le dice que ya es hombre, se pone en movimiento y emplea toda su libertad en hacerse esclavo, y no para hasta que consigue serlo.

Hé aquí una paradoja que viene a ser la historia del género humano; cada hombre es, más o menos, una página de esta historia.

Viene a la tierra por los misteriosos caminos de la naturaleza, -- conducido por una mano poderosa e invisible, llama a las puertas de la vida y entra en el mundo llorando.

Parece que dice: "Yo no quisiera haber nacido" .

Abre los ojos y no ve, quiere andar y no puede, todo se escapa de sus débiles manos, quiere hablar y llora, porque el llanto es su único lenguaje.

Sólo durmiendo se le ve sonreír por primera vez; parece que necesita cerrar los ojos para estar alegre, como si el sueño, burlándose de su inocencia, le hiciera creer que aún no ha nacido.

Antes que en su madre fija el niño los ojos en el cielo, como si el cielo fuera lo primero que ven sus ojos y lo primero que comprende su alma.

Para dormir a un niño hay que mecerlo, y hay que cantarle; y esto, que parece la cosa más natural del mundo, es a mis ojos un extraño misterio.

Yo no sé qué ciencia es la que ha revelado a las madres el secreto poder de esos dos recursos; pero todas los emplean con éxito seguro para calmar al niño que llora y dormir al niño que padece.

No hay desamparo semejante al del niño que no tiene una voz que le cante y unos brazos que lo mezan.

Este canto que la voz de la madre improvisa, incomprensible para el hombre, ejerce sobre el niño un dulce poder; en sus oídos debe sonar

como una melodía conocida, como el eco de un recuerdo, como una vez -- amiga que lo llama fuera de la tierra.

Al son de este canto original, caprichoso, libre, que no admite reglas, que se burla de la música misma, -- que no cabe en el pentagrama, el niño se duerme.

El sueño es lo que más nos separa de la tierra, y es lo que más se parece a la muerte.

Los niños muertos parece que están dormidos, y por la misma razón los niños dormidos parece que están -- muertos.

Hay que mecerlos para que no se despierten.

El suave columpio de la cuna les debe hacer creer con su acompasado movimiento que se escapan de la tierra, que huyen, que vuelan.

Este ser tan frágil, tan débil, -- suspendido entre el cielo y la tierra por los brazos de su madre, será -- hombre, y ese hombre querrá saberlo todo, poseerlo todo, dominarlo todo, ¡bah! querrá ser libre.

Escalará, en fin, la cárcel de la cuna, romperá al cabo la cadena de los brazos que lo sujetan al regazo de su madre, aflojará poco a poco -- los vínculos de la familia, se abrirá la prisión de la casa, se emancipará, en fin, de la autoridad del padre.

Ya es hombre; sabe, quiere y puede; es libre.

Este hombre libre no gozará desde ese momento ni un instante de libertad.

Los primeros ojos negros o azules que lo miran desde el bello rostro de alguna mujer, lo harán prisionero.

Ella, he aquí el tirano.

Él, he ahí el esclavo.

Ella es toda mujer; él es todo hombre.

El amor se burla de la libertad, y echen ustedes por donde quieran, siempre vendrán a parar en este último término: para que el alma sea libre, es preciso que el hombre no tenga corazón.

La primera libertad que el hombre se obstina en proclamar, es la libertad del pensamiento; y, justo es decirlo, suele conseguirla, porque vemos a muchos pensar libremente a pesar de la razón, a pesar de la lógica, a pesar de la verdad misma.

Estos tres poderes se habían unido en tenebrosa conspiración contra la libertad del pensamiento; podemos decir que no lo dejaban respirar, y acosado por todas partes, se veía reducido el hombre a creer lo que dictara la razón, lo que dictara la lógica, lo que dictara la verdad, triple e ignominiosa dictadura que al fin y al cabo ha

bía de hacerse insoportable.

El pensamiento gemía sometido a la servidumbre de esos tres señores de horca y cuchillo, que ejercían un poder absoluto por derecho propio contra la voluntad del hombre, hasta que se cayó en la cuenta y se gritó: abajo la razón, abajo la lógica, abajo la verdad, porque de otra manera no puede ser libre el pensamiento, y es preciso que el pensamiento sea libre.

Si yo estoy obligado a pensar lo que debo, ¿cómo pienso lo que quiero? Y si no pienso lo que quiero, ¿cómo puedo pensar libremente?

O la libertad de mi pensamiento es una vana fórmula, o yo he conquistado con ella el derecho incontable de volverme loco.

Si mi pensamiento es libre, mis acciones no pueden ser esclavas; mis actos son los hijos legítimos de mis pensamientos; no es posible que hayáis decretado la libertad de mi pensamiento para tener el raro capricho de atarme las manos.

Poder pensar todo y no poder hacer nada es un suplicio más horrible que el suplicio de Tántalo.

Si mi pensamiento es libre, mis acciones son libres también.

Mi pensamiento, en uso de su derecho, se burla de la razón, de la

38

ciencia y de la verdad; y del mismo modo mis acciones se burlarán de todas las leyes.

Pues bien: este hombre libre vuelve un día la esquina de una calle y ve un semblante triste o risueño, sonrosado o pálido, que por las raras combinaciones de una misteriosa fotografía, se estampa en su corazón.

El hombre dice: "¡preciosa criatura!" y sigue su camino.

Otro día, en un teatro, en una casa, en un paseo, se le aparece el mismo semblante, y el hombre exclama: "¡és ella!".

¡Es ella! quiere decir que es la misma.

Es esa exclamación en que todo retrato debe prorrumper al encontrarse frente a frente con su propio original.

Es el momento en que la imagen de esa mujer, grabada en las profundidades misteriosas del alma de ese hombre, se acerca a su oído y le dice: "esa soy yo".

Si no hubiera esta revelación íntima, ese hombre no conocería a esa mujer; a sus ojos sería otra, sería cualquiera, sería una mujer; pero no sería ella.

El que sorprenda la exclamación de este hombre, puede llenarse de curiosidad, puede abrir los ojos

39

con esa intensidad del que quiere verlo todo, y verá una mujer.

La mujer es una cosa tan común - como el hombre, tan vulgar como la vida, tan ordinaria como la muerte, y ella es precisamente todo lo contrario.

Una mujer es toda mujer, y ella es la única mujer.

El curioso, pues, no ve nada, y pregunta al hombre cuya exclamación ha sorprendido:

-¿Quién es ella?

El hombre quiere descubrirle --- hasta lo más oculto de aquél secreto, y le contesta:

-Ella es mi pensamiento.

Cuando el pensamiento de un hombre ha tomado la forma de una mujer, se apodera de tal modo del entendimiento, que lo llena todo; el hombre no sabe pensar en otra cosa.

He aquí el primer escollo en que naufraga la libertad del pensamiento.

Ella está allí dentro con una tenacidad casi invencible para que el hombre no pueda pensar más que en ella.

La fórmula de esta servidumbre es universal, es una de esas frases hechas que cierran el camino a toda discusión.

El hombre dice: "yo soy tu esclavo".

Ella no es más que el primer ani

llo de la cadena.

Sus brazos parece que están formados para estrechar, para retener; su voz para persuadir, sus lágrimas para desarmar, su debilidad para vencer.

Ella nos rodea de cuidados, de solicitud y de ternura, formando a nuestro alrededor el finísimo enrejado de una preciosa jaula.

Detrás de ella está la casa, la familia; ella es el tirano, la casa es la cárcel, la familia es la cadena.

Si el hombre no cae en esta dulcísima esclavitud, podrá ser ento el rigor de la palabra un hombre libre; esto es, un hombre sin mujer, sin casa, sin hijos; el esclavo de todas las mujeres, el siervo de todos los vicios.

Si se somete a la cadena de los afectos que esclavizan su corazón; si sucumbe a la tiranía de la verdad y de la lógica, que estrechan su razón y su entendimiento; si es esclavo de sus deberes, siervo de la familia, cautivo en el hogar doméstico, ¿será libre en la sociedad en que vivimos?

La pregunta es grave, y acaso el lector curioso tropiece con ella en el capítulo siguiente. (1)

Tramite de la materia en delicias del

I N D I C E

	<u>Pags.</u>
La Campana de la Almudaina.....	1
La Academia de Medicina....	9
Qué hay?	15
El Café.....	23
El Hombre Esclavo.....	33

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID
EN CASA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
EL DÍA X DE SEPTIEMBRE
DEL AÑO DE MDCCCLXXXIX

Fison
cont

He
di